

REGIMEN POLITICO Y CAMBIO SOCIAL

(Algunas reflexiones a propósito del caso brasileño)

Fernando Henrique Cardoso

Traducido del portugués por

Ma. Cecilia Alvarado V.P.

1. Introducción

No es sin cierta nostalgia que, poco a poco, los científicos sociales de diversas corrientes de pensamiento, se han venido refiriendo al fin de la época gloriosa y voluntarista en la que los intelectuales disfrazados de políticos o los políticos con vestimenta de intelectuales, tenían la pretensión de explicar y predecir. La antigua afirmación positivista de "predecir para proveer" tiene su lápida en el mismo cementerio de ilusiones en el que reposa la certeza de la separación entre la ciencia y la ideología, del saber verdadero convertido en práctica transformadora de clase que expulsaba de la historia (de la prehistoria . . .) la "falsa conciencia".

En parte el empirismo ingenuo, que continúa midiendo la frecuencia de las interacciones, o el grado de prestigio relativo entre los grupos de los poderosos, o que caracteriza el pensamiento social contemporáneo, es la confesión —abierta o velada— de que ya no estamos más frente a una concepción teórica unitaria, y de que los grandes sistemas se tornaron poco sensibles para registrar la aparición de nuevas coyunturas y poco consistentes para explicar la dinámica de los procesos históricos. La gran construcción intelectual de la sociología de la posguerra, el estructural funcionalismo, en sus diversas versiones, constituyó un intento para explicar la sociedad industrial de masas. En su versión "sistémica" encontró hasta la expresión analógica que daría inteligibilidad intuitiva al funcionamiento de las sociedades complejas: la lógica de las computadoras. En política a partir de Laswell, especialmente en la versión más "tosca" como la de Easton y en la más sofisticada, como la de Deutsch, había un modelo de funcionamiento del juego de poder, y así mismo, un modelo de cambio. Era posible, por consiguiente, que se pensara en una "teoría política". La complejidad funcional, el asentamiento de instituciones reguladoras y de órdenes sociales superpuestos permitían describir, en un nivel abstracto, el paso de lo simple a lo complejo. Proporcionaban, pues, fundamentación a las teorías evolutivas, la principal de las

cuales (porque se apoyaba en una teoría general de la sociedad, y, escasamente en ordenamientos políticos) fue la "teoría de la modernización". En lo que se refiere al surgimiento de formas políticas complejas en las sociedades subdesarrolladas en fase de transición, talvez haya sido Huntington quien mejor formuló, desde el punto de vista conservador, las consecuencias teórico prácticas de este tipo de análisis. La militarización del Estado —la pretorianización del poder— puede ser incluida en la teoría de la "transición" hacia la democracia moderna, por la vía de la diferenciación y la especificidad creciente de instituciones políticas que, si eran *requeridas* por la modernización general de las sociedades, eran *actualizadas* por la corporación castrense, en la lógica del juego de la gallina ciega de la historia funcionalizada.

¿Quién defendería hoy que el cambio en las sociedades altamente industrializadas sigue la lógica de las computadoras y que la acumulación de pequeñas tensiones produce la alteración del registro de los códigos que llevan a redefinir el patrón estructural? ¿No estaríamos más bien frente a situaciones en las cuales, como Touraine parece sugerir, hay dos lógicas: la del poder y la del movimiento social, a partir de un juego en el que los que reprimen no incorporan, a no ser ante una crisis, la presión de los que se mueven, y cuando ceden lo hacen "en frío", esto es, después de la desarticulación de los movimientos? Estos, a su vez, al definir sus estrategias no las orientan hacia el Estado ni hacia el poder institucional, sino que luchan en su propio espacio, ampliándolo, sin que les importe mucho el espacio de los dominadores.

¿No habrá sido esta la lógica de la lucha contra la guerra de Viet Nam o la de los negros norteamericanos para lograr su "incorporación"? ¿Y será otra la de los obreros polacos en las huelgas de los astilleros de Gdansk y en las minas de Silesia? El Estado y la sociedad parecen funcionar, desde esta perspectiva, en planos no sólo diferentes sino que escasamente comunicados a nivel tangencial. No existiría nada que pudiese suponer un "sistema" y menos aun un sistema que, no obstante diversificarse en áreas específicas (económica, social, política, cultural) tuviese un principio general unificador.

Pero no es solamente la tradición estructural —funcionalista la que está en jaque por lo que ocurre hoy y por el modo como se interpreta este proceso. Si antes la tradición marxista, y especialmente la hegeliana-marxista, consideraba desdeñosamente los análisis del tipo *Who govern?*, de Dahl, diciendo que el poder y el gobierno no constituye la misma cosa, y aun más, que la fenomenología del gobierno y la sustantivación de los grupos y de las personas que ejercen cargos no explica la estructura de dominación subyacente al gobierno, hoy las dudas sobre la dinámica revolucionaria de las clases y el encadenamiento entre clase, partidos y Estado dejan a los marxistas huérfanos de un saber omnímodo y orgulloso.

Es como si también en la teoría social tuviéramos que recurrir a las hipótesis del "black whole". Se sabe que el poder atrae rayos y que en circunstancias no precisas, los rayos quiebran la base de la pirámide. Sin embargo, no se conoce verdaderamente la naturaleza de estos rayos, su dirección, ni las oportunidades de éxito de su impacto.

En la mejor de las hipótesis disponemos hoy de una teoría de "corto circuito" que se aplica *ex post*. Así, después de que ocurre una huelga, o una elevación en los precios de los productos básicos (como en Polonia) o una movilización urbano-religiosa (como en Irán) o un movimiento de reivindicación de tipo liberatorio-estudiantil (como en Nanterre en 1968), o una lucha guerrillera prologada que inicialmente fue promovida por ideales libertarios provenientes "de clase media", es posible que el choque producido en un punto del sistema social se propague y se generalice por toda la sociedad y por todo el sistema político. Entre tanto, el factor que dispara la reacción en cadena —como se constata en los ejemplos mencionados— puede estar localizado tanto en el centro neurálgico del sistema de dominación social y política, como puede localizarse hasta en puntos distantes de este mismo centro, como en el caso de las reivindicaciones estudiantiles. El tipo de movimiento que provoca el corto circuito es también muy variable, de la lucha urbana a la guerrilla rural; de la reivindicación económica a la cultural.

Por cierto, la generalización eventual del corto-circuito y el incendio que provoca son explicables. Y la dinámica de las clases, la situación económica, o el papel opresivo del Estado, etc., son recuperados en la explicación. En cambio, es difícil prever lo que políticamente es esencial: dónde están situados los "motores de arranque" y cuándo provocarán reacciones en cadena. Más aún, sería posible elaborar teorías agónicas de la historia: se podría pensar que el proceso social camina permanentemente por una carretera cubierta de hilos expuestos, de tal modo que el corto circuito en cualquier momento pudiera ocurrir o de hecho estar ocurriendo. Sólo que la "mano invisible" —ya no del mercado, sino del Estado y de la dominación— funcionaría con guantes de asbesto y sería capaz de remendar y de recubrir los hilos cada vez que surgieran las chispas. En este caso, la teoría del cambio debería de construirse a partir de los puntos de ruptura *internos* de la dominación, y no a partir del bloqueo externo provocado por la virtual reacción constante de los dominados.

Pero el hecho es que se acumulan evidencias, no digamos de la constancia de la dominación, puesto que ocurre notablemente lo opuesto, sino de lo inesperado del cambio. Y la teoría social se va construyendo a través de la suma de las sorpresas que se racionalizan después de que ocurren. Los más tradicionalistas o más ingenuos, someten los procesos ocurridos a la mecánica retoroida: recortan la historia en forma tortuosa y la hacen caber en las apretadas indumentarias del modelo ideológico de su preferencia. Ya sea que continúen sustentando las grandes hipótesis del estructural funcionalismo con su racionalización creciente de las sociedades y con la modernización sustentada por el avance de la tecnología industrial como base del optimismo del cambio evolutivo; ya sea, terminando por unir —sabe Dios por qué tortuosos caminos se escribe la historia de la verdad— los más disparatados movimientos sociales y procesos políticos a la lógica de la acumulación y al papel progresista de la clase obrera; o bien dejan entrar de lleno en la teoría social las más caprichosas tesis sobre el papel de la voluntad en la historia y del componente irracional e inconcebible que existe en la vida de los hombres.

Dicho lo anterior a título de provocación, cabe hacer una petición de modestia teórica: tampoco dispongo de respuesta para estas cuestiones. Sin embargo creo que es un deber profesional reconocer, como punto de partida, la orfandad teórica con la que entraré en un debate circunscrito: el de la transición del autoritarismo a la democracia. Aún más, apenas haré referencia al caso brasileño, que tiene como agravante la duda sobre si efectivamente marchamos hacia la democracia . . .

Me permito todavía una aclaración teórica inicial. De lo antes expuesto, sucede que a la altura del Siglo XX los pensadores sociales más acertados parecen haber desistido de seguir la ruta gloriosa de los siglos anteriores cuando el esplendor del capitalismo dio margen tanto a las grandes teorías conservadoras como a las revolucionarias. Desisten de la "filosofía de la historia". No pueden, por esto mismo, construir sistemas explicativos globales. A tal punto que desde el período de las llamadas explicaciones de alcance medio (*middle range theories*) de la década de los años 50 hasta hoy, la preocupación por la totalidad lo único que ha hecho es decrecer. En la teoría política, por ejemplo, después de que el marxismo se tornó la "ideología del promedio" de los universitarios y de que la teología católica sufrió una mutación reformadora ("protestante"?) dando paso a la pluralidad relativa de las explicaciones del mundo, y permitiendo la individualización de la verdad (relativizando, por tanto, la fuerza del aparato unificador de la jerarquía eclesiástica, sin abandonar no obstante, las conductas efectivas de control), la fragmentación de la percepción del mundo se tornó evidente. Los grandes principios unificadores (la teoría de la lucha de clases y el papel del partido y del proletariado en la historia, por un lado, y la organicidad de lo sagrado y su prevalencia sobre lo profano por el otro) pasaron a tener la fuerza de símbolos, cuyo contenido verdadero se reconstruye al sabor de las circunstancias para las cuales son invocados mucho más en la búsqueda de una identidad política, que como formas de explicación y pistas para la acción. Si eso ocurrió al nivel de las grandes ideologías contemporáneas, con mayor fuerza, al nivel de las explicaciones positivas establecidas —rota la creencia en la filosofía evolutiva— la fragmentación del saber se convirtió en norma "indiferente". El sabio se dedicó a formular hipótesis *ad hoc* y dejó que la gran teoría fuese tragada por la imaginación de los "agujeros negros". Sólo que en el caso de cientista, la pérdida de sentido de la totalidad ocurrió de un modo indoloro: él convive con la posible pluralidad de las explicaciones, como si cualquier principio de totalización fuese siempre algo más allá de la ciencia, y por lo tanto como si no fuese de su responsabilidad.

2. Reflexiones en torno a la teoría política actual para el análisis de los partidos y el poder

Después de esta larga introducción que nos apasiona diariamente, conviene establecer un puente que disminuya la sacudida que será causada por tan pretencioso comienzo para llegar a un *piccolo finale*.

Este puente puede ser hecho sobre una reflexión de la teoría política actual en lo que ésta tiene de relevante para el análisis de los partidos y del poder.

Usando mucha libertad en la escogencia de los autores de referencia, yo diría que contemporáneamente disponemos de las siguientes alternativas: están en primer lugar los que se mantienen fieles a la tradición del pensamiento, digamos, democrático-liberal. Forzando bastante las convergencias, sería posible decir que en el plano teórico esta corriente asimiló los avances de la teoría estructural-funcionalista y, no siendo necesariamente ingenua en lo que dice respecto a los conflictos (incluso porque la guerra y el conflicto entre los grandes bloques de poder son objetos necesarios en la reflexión de los cientistas políticos del mundo industrializado) mantiene la creencia en la viabilidad de la solución negociada entre las partes. Dicho lo anterior, la perspectiva de análisis del cambio que es compatible con esta corriente —como valor y como postura analítica— es la de la transformación que, si puede aceptar la crisis (la revolución, la guerra) como un precipitante, no está convencido de ella, ni la visualiza como el camino preferido de cambio. La perspectiva liberal-democrática no es inherentemente inmovilista o conservadora (salvo si está en contraposición al radicalismo de la revolución como único camino). Pero es “gradualista” y ante lo inesperado del cambio brusco —horizonte que nos interesa y confunde— ayuda poco. Igual que al nivel menos dramático de la historia: por ejemplo, ante lo que ocurre con los partidos en los países industrializados y en las sociedades de masa, ella continúa sosteniendo que su función básica es unir intereses distintos, originados de la fuerza política de representantes sociales a veces antagónicos; que sin descartar que las elecciones expresen en general un bajo nivel de información de los electores, ellas permiten por lo menos verificar las presiones generadas en la masa popular; que la heterogeneidad de los partidos modernos (partidos “ómnibus” como los llamo yo) es precisamente lo que los vuelve eficaces para permitir la negociación por la filtración de presiones; que, por último, no le corresponde al partido referirse a todo, actitud que llevaría precisamente al fin de la democracia, puesto que ésta se basa en la pluralidad y en la multiplicidad de intereses agregados variablemente según las cuestiones en juego y de acuerdo con la arena política en que aquéllos se presenten. Cuando la situación política no se desarrolla a partir de estas premisas —en las “democracias populares”, en las situaciones autoritarias, en los regímenes militares, en las dictaduras personalistas, etc.— el modelo es contrastado con lo que ocurre, como si todo lo que se aparta de él fuese una anomalía que deberá ser remediada. ¿Cómo? Típicamente por el camino de la acumulación de inconsistencias entre la legitimación del orden político que se supone necesaria, y la capacidad simbólica y efectiva de que disponen los regímenes no democráticos para satisfacer las exigencias de la población y, en especial de una “ciudadanía” que siempre es supuesta como virtualmente existente. Obviamente, el pensamiento liberal-democrático sabe que la política también es fuerza. Sin embargo, une la posibilidad del ejercicio de la violencia a cierto grado de consentimiento: en el límite mismo en que los que detentan el monopolio de la fuerza precisan el conocimiento para su uso. En circunstancias específicas hasta en este nivel puede haber crisis de legitimidad (en el caso de una crisis general del Estado). No es simple excluir el paradigma liberal-democrático como una forma de explicación. Ni saber si, en este caso, lo importante es desviarlo o fundirlo con otros, produciendo un modelo no ecléctico, pero sí integrado.¹ El (paradigma) se asienta, además, en una situación real: el mundo occidental lo tiene como práctica y lo

propone como modelo. Esto afecta a las situaciones "que se desvían". El grupo de regímenes dictatoriales y autoritarios inscritos en el Bloque Occidental tiene que hacer gimnasia mental y política para ajustar las cuentas con sus propias elites de sustentación, frente a la ideología liberal-democrática de las potencias dominantes. Hasta en las democracias populares, especialmente en las que se formaron con la presencia soviética en los países de tradición antirusa, el modelo legitimador general de la democracia liberal pesa como ingrediente del juego político.

No obstante, creo que actualmente, en los países altamente industrializados, el asedio provocado por la sociedad de masas, por un lado, por el crecimiento del aparato del Estado de efectos deslegitimadores, por el otro, por los procesos a que nos referimos en la Introducción, de la fragmentación de los modelos unificadores de cosmovisión; por la presencia generalizada de la violencia política, y por la ambición actual de los movimientos al nivel de *grass root* que son reivindicativos pero que no se orientan a tomar el Estado y dudan (tal vez por eso) de los partidos, dejan al paradigma democrático liberal un tanto vacío de capacidad explicativa frente a lo que realmente ocurre en aquellas sociedades. Pueden explicar el funcionamiento del juego institucional; racionalizan el cambio negociado; pero se quedan cortos delante del resto del proceso político que ocupa la escena con más fuerza que los propios partidos.

En segundo lugar está la corriente de pensamiento marxista. Esta también necesita ajustar cuentas con un sin número de desafíos contemporáneos. Dejando de lado la temática del "socialismo tal como es" (en la cual el conflicto latente o abierto entre el Estado y el partido, de un lado, y de los obreros e intelectuales del otro, requiere una teorización en la cual la dialéctica de las clases —en un sistema teóricamente "sin clases . . ."— tendrá que ser como mínimo rehecha), el ajuste de cuentas, tiene que ser, para comenzar, frontal. ¿Hasta qué punto se sostiene hoy la filosofía de la historia que ve en la lucha de clases y específicamente en el papel del proletariado el motor de la revolución que superaría todas las formas de dominación de clase? Sólo pasando por alto los análisis sobre la política de la clase obrera en los países de "capitalismo maduro", desconociéndose la lucha obrera en los países que ya hicieron la revolución anticapitalista y reduciendo el marxismo a una teoría aplicable sólo al Tercer Mundo. Y aun en este caso, sustituyéndose el papel del proletariado por el de las masas en general, especialmente las agrarias.

No es difícil entender que si el eje principal del edificio político marxista (la teoría de la revolución proletaria) gira en falso, las contribuciones clásicas marxistas y leninistas sobre el Estado y los análisis sobre el papel de los partidos de clase y revolucionarios, requieren remiendos de urgencia. Y este ha sido el esfuerzo de los teóricos contemporáneos, ya sea resucitando a Gramsci, o desviándose de las posiciones iniciales que formularan hombres como Althusser o Poulantzas.² Sin embargo, la "crisis del marxismo" reconocida por el propio Althusser, no se resuelve simplemente desarticulando la temática política de la reafirmación del carácter de clase del Estado, de la separación burguesa entre política y sociedad y del carácter necesariamente

totalitario de una concepción de partido que lo ata a un Estado omnipresente, por una nueva temática, la de la politización general de la sociedad y la importancia política de los movimientos sociales, como apuntan las transformaciones teóricas de Althusser y Gramsci.

Por cierto, reconocer estos problemas es ya un gran avance. Avance hoy fácil en Europa, después de la "crisis de militancia" de los partidos socialistas y comunistas, de las desilusiones rápidas de la escapatoria española por la vía de los partidos obreros tradicionales³ del eurocomunismo, etc. Pero es preciso ajustar las cuentas tanto con el patrón estructural de las sociedades industrialmente avanzadas, que redefine el peso de las clases, como con las formas de participación y de representación política que estas sociedades requieren. Se ve, pues, que si la crisis del liberalismo se abre a la nueva temática del Estado omnipresente con sus efectos deslegitimadores⁴ y de la inexistencia de una racionalidad ciudadana automática en las sociedades de masa, recíprocamente, la crisis del marxismo, se abre al análisis de la cuestión de la representación política y de los riesgos inherentes a la concepción del "partido embrión del Estado futuro", que termina por agudizar la separación entre política y sociedad y por transformar al antiguo partido de la revolución en una cadena transmisora de la dominación burocrático-estatal.

En esta brecha, surge la tercera corriente de pensamiento a la que quiero referirme y que tiene incidencia importante en el pensamiento actual. Me refiero al "pan politicismo" y al "movimentismo" –por lo general asociado al "basismo", esto es, a la desconfianza de las cúpulas y de las instituciones político-representativas. Es obvio que, formulada en forma vaga como lo hice, esta corriente es híbrida. Especialmente en lo que se refiere al "movimentismo" y a la desconfianza de las organizaciones políticas por distanciar las bases de los centros de decisión, se inspira en gran parte en una especie de populismo religioso que revaloriza la noción de comunidad y que separa drásticamente el Estado y la política revolucionaria así como lo democrático-popular. Con esta actitud frecuentemente se lanza al niño junto con el agua del baño: los partidos por relacionar a la sociedad (la comunidad) con el Estado, son, en última instancia, eslabones de la dominación; por lo tanto es mejor cuidar aquí y ahora la experiencia cotidiana de la masa –de la base– de cada reivindicación específica, establecida y encaminada por los propios interesados en su lucha, que perder el hábito tibio de la voluntad directa del pueblo, en las mil y una intrigas y comités de los partidos y de las instituciones representativas que terminan desembocando en el Estado.

No es sólo de esta versión "popular-basista" que nace la crítica política a este tipo de enfoque. Existe una versión más sofisticada del "pan-politicismo" fuera del Estado. Se trata de Foucault. Distingo aquí dos aspectos de la rica investigación de Foucault. Uno se sitúa en el terreno de la sociología del conocimiento. Es el ritmo clásico de su obra, en la cual trata de establecer los "regímenes de verdad", o sea, cuáles son los efectos de poder que circulan entre los enunciados científicos. Su conclusión, en este aspecto, no llega a asustar a los antiguos cultivadores de la sociología

del conocimiento preconizada por Mannheim: "Cada sociedad posee su régimen de verdad, su "política general" de la verdad: lo que quiere decir los tipos de discursos que ella escoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos e instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos de los falsos, la manera por la cual se sancionan unos y otros; las técnicas y procedimientos que son valorizados para obtener la verdad; el estatuto de los que tienen el encargo de decir lo que funciona como verdadero".⁵ Sin embargo, el otro aspecto de su obra choca con la tradición más clásica del pensamiento político. Me refiero a sus análisis del nivel molecular del ejercicio del poder —"la microfísica del poder"— y al reconocimiento de que sería necesario partir de la especificidad de cada cuestión ubicada, rehaciendo genealógicamente su proceso para descubrir los mecanismos y técnicas de poder que están relacionadas con los conocimientos sobre la locura, la sexualidad, etc. y que a su vez son relevantes para la comprensión del poder del Estado.

Al contrario de como Althusser hace el análisis de la producción y de la reproducción de la ideología y de los aparatos del Estado —la dominación central— Foucault propone una ciencia de lo político que se centre en los "acontecimientos", pero que considere que existe "todo un escalonamiento de tipos de acontecimientos diferentes que no tienen el mismo alcance, la misma amplitud cronológica, ni la misma capacidad de producir efectos"⁶ y que los estudie, por un lado sin privilegiar el Estado⁷ y, por otro, reconstituyendo la genealogía de las relaciones de fuerza, los desarrollos estratégicos y las tácticas utilizadas por los actores relevantes.

Los puntos que ahora interesan del enfoque de Foucault son la convicción de que el poder se difunde y no necesariamente a partir del "centro" (del Estado) para la periferia, y que éste puede ser generado en la periferia (al nivel de las microrelaciones sociales). Y por otro lado, que para entender la relación de poder es preciso tomar en serio el vocabulario de las "relaciones de fuerza": "El tema de la lucha sólo se torna operativo si se establece concretamente, y en relación a cada caso, quién está luchando, con respecto a qué, cómo se desarrolla la lucha, en qué lugar, con cuáles instrumentos y de acuerdo a qué racionalidad. En otras palabras, si el objetivo fuera tomar en serio la afirmación de que la lucha está en el centro de las relaciones de poder, será preciso percibir que la valiente y vieja 'lógica' de la contradicción no es en forma alguna suficiente para elucidar los procesos reales".⁸

No es necesario reproducir otros aspectos del pensamiento de Foucault para que se vea que él *radicaliza* la crítica contemporánea: la dialéctica, si sobrevive, será una "microdialéctica", en la expresión de Hirschman, y sin la "negación de la negación", o sea, sin reconocer la totalidad, que sería la proeza del partido revolucionario de la clase trabajadora. Las revoluciones hasta pueden llevarse a cabo. Pero, en el enfoque de Foucault, estos acontecimientos deberían tener su genealogía hecha en cada caso específico, determinándose qué luchas fueron establecidas, por quién, cómo y con qué objetivos.

O sea, Foucault acepta con tranquilidad la sorpresa de lo inesperado y procura tornarlo comprensible, reconstituyendo hilo por hilo el tejido y que lo aclara. Se deshace al mismo tiempo de la vocación totalizante y de la creencia de que es a partir de las grandes determinaciones estructurales que se explican los acontecimientos.

3. Visiones acerca de la transición del autoritarismo a la democracia

Expuesto lo anterior, pasemos a algunas cuestiones sobre la "transición" del autoritarismo a la democracia en el Brasil. Con todas las reservas pragmáticas en cuanto al significado de tal transición, no hay duda de que ocurrió un cambio significativo en el régimen político brasileño. Este cambio se suscitó, hasta ahora, bajo la forma de un proceso controlado por las *mismas* elites de poder que antes piloteaban la nave del Estado autoritario, no obstante que los grupos sociales de apoyo en los cuales ésta eventualmente se sustentaba puedan haber cambiado.

Este simple proceso, ya presenta una serie de preguntas de respuesta controvertida. ¿Por qué sucedió tal cambio? ¿Hasta qué punto un cambio en la "superestructura política" bajo el control de los mismos personajes que, a partir del Estado procuran rehacer un tejido de alianzas sociales y económicas, tiene cabida en los modelos de explicación vigentes? ¿Cuáles son los límites de este proceso?

Las respuestas han venido siendo elaboradas por los cientistas políticos, sin embargo éstas divergen entre sí. En ellas reaparece algo de los paradigmas explicativos que mencioné anteriormente.

De hecho, para explicar el cambio, hay por lo menos cuatro variantes: la estratégico-conservadora, la estructural-crítica, la liberal-democrática y la de la crisis de hegemonía. Las tres últimas tienen grandes áreas de superposición. Veámoslas brevemente.

En la visión estratégico-conservadora, cuyo documento político más explícito es la conferencia del general Golberi en la *Escola Superior de Guerra*,⁹ el cambio se ubicó como una necesidad al nivel de la maniobra política para evitar el "desgaste de poder" que provocó su ejercicio continuo por el mismo grupo; para limitar, en la pugna interna que se lleva a cabo entre los "dueños del poder", las oportunidades del sector de ultra derecha de controlar la cima del aparato de Estado; para anticiparse a las presiones de los que están fuera del círculo de poder y de los sectores "bajos" de la sociedad; para, mantenidos los lineamientos básicos del régimen de "democracia restringida", establecer canales de comunicación entre el Estado y la sociedad; y, finalmente, para que al retirarse las Fuerzas Armadas del escenario directo del gobierno, mantener intacta su capacidad de veto y de arbitraje. No es necesario reconstruir aquí las sinuosidades de este proceso.¹⁰ Basta para los fines de este artículo subrayar el carácter de la explicación propuesta: la política es un juego táctico-estratégico en el cual el fin último es el mantenimiento del poder, la justificación es la realización de los grandes ideales del

desarrollo nacional que darán sustento a una "potencia emergente", el medio esencial para lograrlos es el control del Estado, la táctica básica utilizada por el grupo de poder es la división del adversario y el camuflaje de las maniobras utilizadas para eso y, por último, si el Príncipe es lúcido, el Estado juega siempre con las piedras blancas y anticipa la respuesta de las negras, manteniéndolas siempre en jaque.

El general Golberi ve los "acontecimientos" sin sorpresa (al contrario de Foucault, parangonando mal a este último). Estos son "producidos" por la voluntad política encastillada en el Estado. El resto es la contingencia: la economía, la lucha social, la apuesta del adversario, todo. Y es obvio que, visto desde la óptica de los ganadores, la historia parece siempre resumirse a su voluntad. Más aún, como descripción de maniobras efectivamente realizadas la visión estratégico-conservadora es inderrotable, hasta que . . . ocurra una fractura en el sistema de poder. Probablemente el mismo general, en la época del presidente Castello, cuando su grupo fue derrotado por el sector castrense y el general Costa e Silva asumió el poder, tenía la misma visión. Sólo que fue obligado a jugar con las piedras negras. Y la sorpresa verdadera ocurriría (y puede ocurrir) si al revés la partida fuera perdida por los adversarios internos al círculo de poder ella sería vista por los adversarios externos a éste, por los opositores. En estos momentos, al contrario de una "teoría" se tiene el vacío de explicación: una serie de racionalizaciones para decir que al revés de haberse hecho esto y aquello debió haberse hecho lo otro, entonces . . . nunca se perdería el poder.

En el polo opuesto, la visión estructural-crítica reduce los acontecimientos a sus determinaciones generales. ¿Por qué el gobierno de Geisel liberalizó la prensa y, después de crisis sucesivas, controló la represión y cortó las cabezas políticas que podrían dar contenido a un régimen no sólo derechista en la práctica sino convencido de su ideología como valor universal? ¿Por qué la crisis del petróleo de 1973 y las dificultades de una industrialización dependiente del exterior e incompleta, tornaron insuficientes los "fondos de acumulación", generaron conflictos en el seno de los empresarios y reabrieron el debate sobre el tema de la autonomía nacional con incidencias en las propias Fuerzas Armadas? El radio de maniobra del gobierno autoritario se estrechó, a partir de la propia crisis del modelo de crecimiento adoptado, llevando la insatisfacción a la clase media alta y al empresariado rural y urbano.¹¹ El gobierno, en esta perspectiva analítica, al contrario de haber desarrollado una maniobra táctica "aperturista" para —a partir de su propia evaluación y utilizando los recursos de que dispone— reorientar controladamente el régimen, fue *arrinconado*. Jugó con las piedras negras forzado por las presiones económicas que repercutieron en el plano social y de éste en el político.

La versión explicativa liberal-democrática describe el cambio de otro modo. Valoriza el tema de la legitimidad y de su erosión debido precisamente al "éxito" del modelo de crecimiento económico puesto en práctica después de 1967. Muestra que la búsqueda de legitimidad derivada del desempeño económico (del período Médice, de las "grandes metas") es ingenua, pues puede ocurrir lo que Hirschman llama "efecto

tunel",¹² esto es, que junto con la prosperidad creciente, habiendo desigualdad también creciente, las comparaciones que los sectores relativamente privados del bienestar hacen con aquéllos que lo disfrutaban, producen un efecto de "deslegitimación" importante.

Un efecto de este tipo estaría por detrás del comportamiento de la población, que se tornó visiblemente contraria al régimen autoritario, por lo menos a partir de las elecciones de 1974. La falta de un sistema legitimador en el plano propiamente político (consecuencia del carácter no movilizador del tipo de autoritarismo vigente y de su "ideología de Estado") condujo no sólo a las masas a perder la esperanza en el régimen, sino que también separó del sistema partes importantes de las élites. Este último proceso habría ocurrido tanto como consecuencia de las frustraciones políticas que ocasionó la "privación relativa" de base económica, así como porque para refrenar la "lucha armada" el Estado echó mano de expedientes como la censura a los medios de comunicación y a la represión exacerbada que, si tuvieron el apoyo inicial de las élites, terminaron por frustrar las expectativas democratizadoras de una parte de ellas, y por acentuar sus limitaciones del acceso a la información y al proceso decisorio.¹³

Abriéndose una "crisis de legitimidad" la reorientación del régimen se vuelve necesaria. Cómo se desarrollará el proceso va a depender del juego propiamente político: de la capacidad del gobierno y de los opositores de proponer tesis —la principal de las cuales es la de la reinstitucionalización— capaces de sensibilizar a los actores políticos y de crear recursos de poder, que vayan más allá de la simple fuerza militar, que conduzcan de un modo u otro a ampliar los grados de consentimiento.

Las explicaciones que se organizan a partir de la cuestión de la "crisis de hegemonía" tratan el mismo problema —el de la legitimidad— pero desde otro ángulo. No se satisfacen con las versiones mecanicistas (economicistas, en general) de los análisis crítico-estructurales, pero no dejan de referirse a los condicionamientos estructurales de la dominación de clase. Tampoco comparten la limitación implícita en los análisis liberal-democráticos sobre la cuestión de la legitimidad que en éstos se considera más en el plano propiamente político (de las instituciones, del gobierno, del juego en las arenas específicamente políticas) sin discutir con el mismo énfasis la dominación social, pero no dejan de reconocer que existe una cuestión de consentimiento que se ubica en la sociedad, más allá de la simple cohesión.

En el caso brasileño el apelar a las hipótesis que se basan en la "crisis de hegemonía" ha sido hecho con diversa amplitud. Están los que, como parece ser el caso de Francisco Weffort, amplían el espacio de esta crisis colocando su marco inicial en el periodo de quiebre de la dominación oligárquica y que parecen no haber encontrado bases para hablar con propiedad de la emergencia de un nuevo "poder hegemónico" desde entonces; y están los que piensan que no sólo ya existe un proyecto hegemónico de la burguesía en el Brasil sino que creen que hasta el proletariado o las clases populares ya vislumbraban en el horizonte, si no lo tienen a su alcance desde ahora, "una alternativa hegemónica".¹⁴

En el meollo del asunto de la crisis de hegemonía está la discusión gramsciana sobre la capacidad de “dirigir” que una clase social puede adquirir históricamente. Esto es, no se trata sólo de imponer la voluntad por medio de la fuerza a través del Estado, sino de proponer una alternativa cultural-ideológica que afirme solidaridades. Desde este ángulo la capacidad hegemónica se construye, típicamente, de afuera hacia adentro del Estado, y el instrumento principal de su articulación es la existencia de un partido capaz de fundir el interés y los deseos de las masas con un saber y una visión del mundo que los torne factibles, generalizables y deseados. La política, la cultura y la sociedad civil se aparean antes de convertirse en Estado y reformar las instituciones y las estructuras.

Probablemente, en sentido estrictamente gramsciano, no se puede hablar, en cuanto al caso brasileño, sin dejar de serlo, de una “crisis de hegemonía”. El asunto, mientras tanto, está en saber si este enfoque, de esta amplitud, ayuda en algo más que en contrastar y constatar que no se dispone de alternativa. Tal vez por eso los que echan mano de la noción de hegemonía como recurso para explicar la presente transición brasileña, adoptan una postura que es más del gusto de Foucault que del de Gramsci propiamente: se aferran a la importancia de la política fuera del Estado y valorizan la “micro-física” de la política. En la respuesta a la pregunta acerca de por qué cambió el estilo de autoritarismo brasileño, valorizan los movimientos sociales, la reaparición de la acción político-reivindicativa de la clase trabajadora después de 1978, la acción dinamizadora de las comunidades eclesíásticas de base, del movimiento estudiantil, de los sindicatos, de las asociaciones de residentes de la periferia en la lucha por reivindicaciones específicas, y así por el estilo, como elementos catalizadores de los cambios ocurridos. Si la clase trabajadora y el pueblo no se constituyen como “alternativa de poder” al nivel del Estado, por lo menos ya se constituyeron como sujetos de una práctica social —y eventualmente política— autónoma. El gobierno, al cambiar el régimen, trata de ajustarse a las nuevas condiciones de dominación que una práctica popular desafiante impone en el límite. El Estado para mantenerse burgués, se ve obligado a reajustar las reglas de su funcionamiento institucional —el régimen— y se entrega en la organización partidaria, se torna menos sofocante el quehacer político cotidiano concediendo espacio para la acción de los sectores fuera del círculo inmediato de poder, actúa bajo la presión de “los de abajo”.¹⁵

4. Algunas cuestiones no consideradas en las perspectivas que enuncian la crisis de legitimidad y la crisis de hegemonía

Dejando aparte la versión estratégico-conservadora, que hasta por definición tiene poco que ver con el tipo de cambio que me interesa, y la versión estructural-crítica cuyos marcos propuestos para estimar el cambio afectan el comportamiento de los agentes políticos y condicionan la estructura de las situaciones, pero aportan poco a la respuesta de *cómo* ocurre el cambio y, sobre todo, de su dirección y la forma política que asume,¹⁶ me gustaría debatir un poco más a fondo las dos últimas versiones a las que me referí en la parte anterior.

Ambas tienen en común un procedimiento implícito: suponen que se sepa suficiente sobre el funcionamiento de las sociedades industriales para que se puedan delinear las tendencias probables del cambio. La perspectiva liberal-democrática asume *ipso facto* que la crisis de legitimidad llevará a una búsqueda de equilibrio político dentro de los moldes del “mercado político” o, por lo menos que el aumento de la participación y la institucionalización de los partidos, al lado de los contrapesos democrático-institucionales al Estado autoritario, ocurrirán para subsanar la “anomalía” actual. Por otra parte, en la perspectiva de las crisis de hegemonía, la reconstrucción global del orden político-social (y naturalmente, económico) a través de la fuerza renovadora de la clase dirigente de la historia, define el horizonte cognocitivo y da los marcos de referencia para el análisis.

Ahora bien, como traté de mostrar en la Introducción y en la sección 2 de este artículo *es esto precisamente lo que está en juego*. La crisis de la legitimidad en las sociedades avanzadas¹⁷ —que tiene muchos factores precipitantes— enjuicia las creencias liberales tradicionales. La expansión del Estado, la oligopolización de la economía, el control de los medios de comunicación de masas por grupos de poder y grupos económicos, obligan a repensar el papel de los partidos y las bases de la ciudadanía en las sociedades complejas. Conducen, por otro lado, a un “despegamiento” entre el Estado —que es la palanca maestra de la acumulación, inclusive la privada— y la sociedad, o mejor y los dominados en la sociedad.

Podríase pensar que este fenómeno ocurre sólo en las sociedades avanzadas, lo que no es el caso de la brasileña. Por de pronto, aunque el argumento fuese aceptado, ¿por qué imaginar que las sociedades menos desarrolladas deben recorrer las “etapas” de las más desarrolladas? ¿Y por qué no aceptar —como pienso que es el caso— que las sociedades dependientes más industrializadas, que tienen amplios segmentos de población en el campo pero que ya tienen “masas urbanas”, participan contradictoriamente tanto de la temática de las sociedades avanzadas como de las subdesarrolladas, reformulándose en el contenido, el viejo refrán del “desarrollo desigual combinado”?

Si fuera así, la versión liberal democrática, es específicamente, la teoría de la crisis inherente a la legitimidad, que aunque *real*, no soluciona el problema. Apenas le pone énfasis a una indagación: ¿cuáles son las condiciones para democratizar la sociedad e institucionalizar democráticamente la vida política?

Es para responder a esta cuestión que se dirige el grueso de las preocupaciones de los adeptos de la teoría de la “crisis de hegemonía”. La primera respuesta es fácil, pero de poca ayuda práctica: como condición para la democracia política se requiere una democratización sustantiva de la vida social (tema sobre el cual he insistido mucho en los últimos cinco años). De igual modo que es válida la crítica liberal sobre la cuestión de la legitimidad en los regímenes autoritarios, la crítica socialista sobre la desigualdad económico-social es pertinente. Sin embargo, ¿qué significa esto en términos políticos? ¿No estaríamos protegiendo teóricamente la separación entre lo social, lo

político y lo económico, que está siendo criticado en el debate actual (especialmente en Italia)?

Descriptivamente la "apertura" brasileña muestra claramente que los cambios ocurridos en el plano político (no importa que hayan sido provocados por la estrategia conservadora de entregar los anillos para no perder los dedos) repercuten fuertemente en el plano social. Si no fuera por la crisis de 1976-1977 (política) la presión de la sociedad civil movida por los sectores "supraestructurales" (iglesia, intelectualidad, abogados, etc.), la pugna dentro de los grupos dominantes (a pesar de la reorganización en el gobierno de Figueiredo de una "Fronza Conservadora" como la llamé)¹⁸ y las huelgas de 1978-1979 y 1980 no habrían ocurrido *en la forma y con las repercusiones políticas* que tuvieron. Es difícil —si no incorrecto— imaginar, que sin la democratización sustantiva o social, la democratización política sea un cebo. Por cierto, cuando se coloca la cuestión del socialismo, es verdad. Pero para el encausamiento de esta cuestión (o simplemente para que la democratización social avance) muchas veces la "pura" democracia liberal (o mejor, las libertades democráticas ejercidas de hecho, aún cuando no sean reconocidas por leyes que todavía son autoritarias) constituye, no diría que un prerrequisito (lo que sería falso, pues es posible imaginar otros caminos) pero sí una *condición favorable*.

Si esto es cierto, la discusión sobre la posible emergencia de un nuevo bloque hegemónico no puede desligarse de la cuestión de la representatividad política y tendrá que pasar por los mismos desafíos que, en esta materia, se establecen para los adeptos a la teoría de la "crisis de legitimidad". La respuesta, entretanto, no puede ser la misma. Aquellos se aferran más al plano institucional y se encierran en la teoría clásica de la división entre los poderes para, después, valorizar la independencia de la sociedad civil, el fortalecimiento de su nexo con el Estado a través de los partidos y el papel del Poder Legislativo y del Judicial, en desmedro del Ejecutivo. ¿Por qué deberían los adeptos a la "crisis de hegemonía" comprar el paquete entero del liberalismo?

Encuentro que la reflexión sobre la crisis de legitimidad en las democracias avanzadas y en los países de *Welfare State* ayuda a avanzar a los defensores de la teoría de la crisis hegemónica. De hecho, la concepción liberal de separación entre el Estado y la sociedad civil precisa ser criticada y reconsiderada. La cuestión actual no es sólo garantizar la autonomía de la sociedad civil en sí, sino de reubicar la cuestión del control democrático del Estado, sin imaginar que éste esté en fase de desaparecer, sea en el mundo capitalista o en el socialista. Y es también la de criticar el rechazo de considerar el Estado, que existe implícita en la actitud "basista" y en la valorización absoluta de los movimientos sociales frente a los partidos, como si el pueblo, la "base" (¿qué constituye la "base de la sociedad industrial-compleja?"), la periferia del centro de poder, fuesen no sólo "puros y buenos", sino también capaces de conducir a soluciones sociales, económicas y políticas sin una "visión del todo". Según esto el desprecio por el Estado torna generoso este tipo de pensamiento, pero al mismo tiempo impotente para enfrentar el desafío del control de las sociedades complejas.

Es comprensible y provechoso que en países como el Brasil —de tradición elitista y de pensamiento político conservador, ordenado alrededor del eje estatal, haya una valorización política de los movimientos sociales y una actitud ética de solidaridad con las bases. Sin embargo, es teóricamente insatisfactorio y políticamente poco eficaz imaginarse una política de transformación social que no diga lo que hay que hacer *con* y *en* el Estado, para reorientarlo en beneficio de la mayoría.

No obstante, existe hoy una tendencia no sólo “basista” que ciega la comprensión de estas cuestiones sino que se olvida de que en las sociedades de clase, la ideología de las clases dominantes y la práctica de la dominación marcan a los dominados en su subjetividad (no sólo al nivel de discurso), en su visión del mundo, y les mutilan los conocimientos necesarios acerca de la libertad. Siendo así, la “buena conciencia” no es la “conciencia ingenua” o espontánea, sino la conciencia crítica que ha de sostenerse en la teoría general de la sociedad. A menos que nos contentemos con la dicotomía puesta en la Introducción, que deja a los dominadores la tarea de controlar al Estado y exige para los dominados apenas el derecho de construir sus espacios de libertad, a expensas del conjunto de la sociedad, lo que es manifiestamente insatisfactorio como política general.

La crítica a esta visión ingenua de la política de los dominados es pues la responsabilidad urgente de los que quisieran proponer una teoría de *salida* de la crisis hegemónica.

Sin embargo, no terminan ahí las tareas prioritarias sobre estas cuestiones. Será necesario examinar a fondo la teoría de la representación política. Revisarla no significa que pueda ser sustituida por un rousseaunismo mal ubicado que no ve la legitimidad de la voluntad general si no es en la comunidad. Y, no obstante, ésta parece ser la tónica actual. A tal punto que no sólo existe la desconfianza generalizada en los representantes políticos (en el poder legislativo y en sus miembros) sino que hasta en el ámbito del movimiento social el liderazgo y la representación son vistos con desconfianza. En las huelgas (como por ejemplo las de los funcionarios públicos y universitarios en 1979) la desconfianza en la representación llegó a tal punto que siempre se recurría al expediente de las “comisiones” y cada vez más numerosas, las cuales no tenían mecanismos internos para resolver las querellas que se presentaban frente al Estado (éste unificado) sin ninguna preparación técnico-organizacional lo cual frenaba cualquier posible negociación. Aunque éste haya sido un ejemplo extremo, en las huelgas en general, el péndulo osciló entre el liderazgo carismático fuerte (que suprime, naturalmente, cualquier mecanismo de representación y control por parte de la base), la democracia directa de las asambleas, o la pluralidad y el disenso de las comisiones *ad hoc*.

Mientras tanto cabe preguntar: puesto que no vivimos en la Grecia antigua, ni es probable que en una democracia de masas la decisión ocurra bajo la forma puramente comunitaria, al alentar esta actitud ¿no se estará fortaleciendo, en la práctica, sólo el polo opuesto, el de la decisión técnico-burocrática, al nivel del Estado o de la fábrica?

Conviene aclarar: la verdadera cuestión no consiste en eliminar el peso de la base ni en limitar la movilización o el asambleísmo (que, repito, especialmente en el caso de las sociedades elitistas, son importantes) sino en crear los mecanismos necesarios para, al mismo tiempo, revitalizar la base y disponer de instrumentos eficaces de acción para prestar y *controlar* los núcleos de decisión y de poder. Esta reflexión nos llevaría a la cuestión de los partidos y los movimientos sociales, sin embargo, prefiero tratarla más adelante para comentar antes otro problema que me parece que requiere una respuesta creativa.

Me refiero a la cuestión de los agentes sociales de transformación política. Como dije anteriormente —y como en Europa algunos marxistas ya lo están haciendo— en cuanto no se ajusten las cuentas respecto al papel histórico del proletariado en la transformación social y en cuanto no se reelabore la cuestión del “partido de vanguardia” de la clase obrera, la teoría de la “crisis hegemónica” permanecerá coja. O mejor, *indefinida*. Asistimos hoy, en el Brasil, a una oscilación constante en esta materia: por un lado existen los que guardan fidelidad a la idea de que en un país económicamente atrasado y con amplias partes de su población en el campo, la cuestión agraria y las luchas campesinas constituyen el ariste de la revolución. Por otro lado, los más ortodoxos, que registran las transformaciones ocurridas en la estructura productiva y en la de las clases y que ponen en juego el peso de la responsabilidad histórica de la transformación social en los hombros del proletariado fabril. Entre los dos polos, transitan los defensores del nuevo populismo (sin la anterior connotación peyorativa de la manipulación estatal), y los pobres, la gente que sufre en la periferia de las ciudades y del campo; son los humildes que, independientemente de su posición estricta de clase en el sistema de relaciones productivas, cargan consigo los gérmenes del futuro. Tanteando todavía, van tejiendo en la lucha cotidiana el camino de su autonomía social y política, van pavimentando la dignidad del ser humano y dirigiéndose hacia la igualdad y la justicia.

No es difícil entender por qué llamo “indeterminado” a este sujeto histórico que la teoría implícita en los análisis va elaborando. En la teoría clásica marxista éste estaba determinado: el proletariado industrial negaba —se contraponía— en su práctica de intereses económicos a los intereses de la clase dominante y tendría condiciones, por el aumento continuo de su contingente y por la agudización de las contradicciones, para generalizar hacia el conjunto de la sociedad sus aspiraciones de libertad. Unificaba políticamente la voluntad general hacia el cambio. Una vez construido el instrumento transformador —el partido— y asimilada la teoría revolucionaria (que no se confundía con la ideología espontánea de la clase obrera) estaban dadas las condiciones para “desde afuera del Estado” y contra el orden social vigente, comenzar la larga marcha de la conquista de la hegemonía. En las “sociedades agrarias” esto se mantenía, con las necesarias adaptaciones, gracias a la teoría de la alianza “obrero-campesina”.

¿Cuál es el problema entonces?

Es que en el caso brasileño, como en otras sociedades del mismo tipo (y dejando de lado las dificultades que este tipo de previsión política enfrenta en las sociedades industriales avanzadas) la "heterogeneidad estructural" de las clases dominadas y el "patrón del desarrollo capitalista" vigente obligan, al menos, a replantear los argumentos en la discusión de la cuestión de la hegemonía. Me explico: lo que es específico de este tipo de sociedad es que por motivos que no vienen al caso discutir en este artículo, ellas se insertan en el sistema capitalista industrial en la fase monopólica (en verdad, oligopólica) y de improviso saltan del desarrollo agroexportador con industrialización de bienes de consumo corriente hacia el desarrollo industrial-internacionalizado. De ahí para adelante la Volkswagen, las fábricas de aviones y de computadoras, etc., conviven con el crecimiento de la "economía campesina", con las comidas frías, etc. Más aún, al revés de tener un simple "terciario hinchado", como preveían los teóricos de la "marginalización creciente" provocada por este tipo de desarrollo dependiente, se tiene la formación de un amplio sector de servicios modernos, el crecimiento urbano acelerado, la modernización de los estilos de consumo, la implantación del modelo cultural de las sociedades de masas, aunque casi siempre de forma caricaturesca e incompleta.

Tal vez por eso mismo las diferentes versiones del "sujeto histórico" de la nueva hegemonía pintan retratos parciales y por lo tanto insatisfactorios. Y no sea fácil totalizar: la estructura real de sustentación de las hipótesis de una posible unificación política se recorta y casi siempre la unidad propuesta como posible en el plano político sustituye la lógica del análisis clásico por una generosa pero no convincente voluntad de cambio. No es por casualidad que el voluntarismo político volvió a rondar como un fantasma la escena histórica de estas sociedades.

Retomo, a partir de ahí, la cuestión de los partidos. No es difícil percibir que, si es correcto lo que mencioné con anterioridad sobre estas sociedades (y sobre todo la brasileña en particular), tal vez la lectura que se ha venido haciendo del proceso político sea "antigua". Unos, los liberales demócratas, porque como ya dije, tienen un horizonte inestable: ni en los mismos países centrales el juego político sigue la dirección propuesta. Otros, los de inspiración marxista, porque el peso del siglo diecinueve perturba la visión del presente: piensan que la clase obrera es la misma, el patrón del desarrollo y del capitalismo competitivo (liberal), el Estado ejerce las mismas funciones y los partidos van a enraizarse en las clases para proponerse del mismo modo la conquista del Estado. En términos análogos: piensan que el futuro del Brasil se va a desarrollar política y socialmente como Europa se desarrolló hasta los años cincuenta (o como Argentina o mejor aún Chile, hasta los golpes militares). No se imaginan nunca que el capitalismo monopólico y la sociedad de masas (que como dije, constituyen partes decisivas de la estructura brasileña) se corporificó en los Estados Unidos, donde los partidos son "comités electorales", el proletariado es reivindicativo-corporativo y la dinámica de la protesta sigue otros caminos.

No quiero incurrir en el equívoco de trasladar la situación norteamericana para el Brasil. Sin embargo, encuentro que conviene evitar el simplismo de imaginarnos que

vamos a repetir, en la periferia industrializada del sistema capitalista-industrial el esquema de clases, partidos y Estado que prevaleció en Europa. Y como, por otro lado, el modelo de las sociedades que aquí prevalece no es como el de algunas sociedades africanas y asiáticas, agrario-colonial, ni iremos, por eso mismo, a caminar hacia el gran partido unido de todo el pueblo por la liberación nacional, es preciso descifrar el enigma de las expresiones políticas y peculiaridades estructurales de la sociedad brasileña.

5. La proximidad de un posible código hegemónico nuevo

Volvamos un poco al diario acontecer de la "transición" brasileña. ¿Cuál es su característica esencial? A mi modo de ver se trata de un proceso de liberación política que tiende a ajustar la propuesta posible de dominación (hegemonía?) burguesa, tal como ésta puede darse en los países con las características que mencioné en la sección anterior, a los desafíos de una sociedad *muy dinámica*. Esta liberación en su forma más expresiva procura crear "espacios controlados" para el ejercicio de la crítica, sin ceder a las presiones democratizadoras en el plano de la estructura de poder.

Este proceso, durante algún tiempo, poseyó cierta maleabilidad. Trae implícito un "código hegemónico nuevo":¹⁹ es el Estado y no el partido independiente del empresariado el que totaliza. El PDS está tan poco enraizado en la burguesía como lo estuvo la Arena, o el PP (aunque este partido es de los banqueros) no articula políticamente a las clases productoras y tiene un discurso liberal a la antigua que frecuentemente lo condena a la oposición y a la nueva "hegemonía". El "partido hegemónico" del capitalismo oligopólico, especialmente en las situaciones de dependencia, es el Estado como burocracia, como productor asociado a las multinacionales o a las empresas locales y como gobierno en *última ratio* de base militar. Lo inesperado en la etapa brasileña actual es la separación formal entre el Ejecutivo y las Fuerzas Armadas y la propuesta de armisticio que los dueños del poder hacen a la sociedad. En qué consiste este armisticio?

En que la sociedad acepte como legítimo un orden que *separa radicalmente* la esfera de lo político de la esfera de lo social (el sindicato no es para "hacer política"; el Parlamento no es para hacer leyes que dicten respecto a la administración de la vida: presupuesto, gastos sociales, etc.; la Iglesia es para rezar; la Universidad para estudiar, etc.) que deja lo económico fuera del control social pero adjunto al Estado y que separa, aunque sea por encima, el Poder real (el gobierno y la administración) del área de expansión política que haya dejado a la sociedad, esto es, los partidos y el Parlamento.

Y consiste también en que a cambio de eso el Estado se muestre sensible al "clamor general de los pueblos". ¿Cómo? Por una propuesta de políticas sociales²⁰ (prevención, legislación salarial) más abierta, y por el establecimiento de un sistema de radares políticos que se *anticipan*, a las reivindicaciones de los sectores populares y de las clases medias, desnaturalizándolas y desvirtuándolas.

Es la propuesta de un *Estado-Panopticon*, que todo lo vigila y que busca anticiparse a todo, registrando como si fuese el ojo de un dios, los conflictos, las demandas y las protestas de la sociedad. Para eso la creación de los espacios "legítimos" de protesta, el juego institucional de los partidos, la libertad relativa de expresión, la crítica "sin miedo pero sin eficacia", en suma la distensión, constituyen piezas importantes.

Existe, por encima de lo institucional y de lo legal (sin olvidar lo represivo) la necesidad de la difusión de una ideología. Esta ya no puede ser solamente la "del Estado"; ni puede exacerbar la liberal-democrática que conduciría a una discusión de los controles del poder; ni es capaz de ser movilizadora. Ha de ser la de la "sociedad espectáculo", de lo "Fantástico" hecho participación simbólica, de la fragmentación de la información, de la difusión de una educación para "ascender en la vida", de la desmoralización cotidiana de lo político, y así por el estilo. En una palabra, el ojo que vigila no sólo reprime, sino que insinúa la abundancia y manipula la discordia en el seno de los dominados, de los dependientes de los círculos intermedios del poder.

Frente a este Estado omnipresente y "abstracto" (que está en la televisión, en el sindicato, dentro de la fábrica, en la ventanilla de pagos de la hacienda pública y de la empresa), la cuestión tradicional del Parlamento de los partidos, etc., aunque real, está restringida. En la fase actual de transición, esa cuestión presenta ciertos desafíos al régimen, pero no son fundamentales. El desafío de encontrar fórmulas para transformar estas arenas políticas en "conchas acústicas".

Será en ellas que la sociedad civil, al politizarse, desaguará su llanto. Sin embargo, el nivel *realmente decisivo* no podrá depender de ellas. (El gran problema para el régimen, no es por tanto el de las elecciones parlamentarias, sino el de los gobernadores y el del Presidente, pues será necesaria mucha casuística para impedir que la oposición avance en los círculos de poder en algunos Estados, o entonces será necesario descongestionar mucho las funciones de los gobernadores).

¿Cómo responder a este desafío?

La "sociedad civil" es novata en esta materia. El dilema partido o movimiento social, basismo-asambleísmo o representación política, participación generalizada o eficacia técnica de la decisión (y sus múltiples hibridismos), apenas comienza a ubicarse. Creo que a estas alturas de la partida ya se desvanecieron muchas ilusiones en cuanto a la "forma-partido" a la *siècle XIX*. De igual modo la trampa típica del "movimiento social" (que por ser por definición un proceso transitorio que moviliza tópicamente, o lucha para conseguir un objetivo y al alcanzarlo se extingue, así como también se extingue si, después de cierto tiempo no lo alcanza, o entonces se institucionaliza y se convierte en "organización", si no lo era ya antes en forma disfrazada) no permite que a partir de este tipo de acción política se proponga una "alternativa de poder".

En esta coyuntura, o las fuerzas sociales en pugna aceptan la contrapartida de la propuesta de los dominadores y haciendo caso omiso del Estado, montan su mundo en

la parte que hará eco en las conchas acústicas que el régimen ofrece a las lamentaciones tópicas que afligen a las masas desposeídas, o tendrán que reconsiderar sus formas de organización política para conquistar el Estado y a partir de él, rehacer la sociedad.

Esta propuesta, por de pronto, en estos términos es inaceptable: ella ofrece más que riesgos, *certezas*, de burocratismo al contrario de democracia; de estatismo, al contrario de socialismo. Es en este punto que cobra fuerza la visión "a la Foucault", o la defensa del democratismo basista radical, o el renacimiento de un Gramsci de los pobres. Si no hubiera una crítica constante en los intersticios de la sociedad —la microfísica de la política— y si no hubiera una nueva propuesta de simbiosis entre la sociedad y el Estado que conduzca, de hecho, a la "sociabilización" del Estado y a su control democrático, y, al mismo tiempo a la valorización del poder, y del poder estatal, como objeto de ser conquistado (a todos los niveles y no sólo en el poder central), las oposiciones corren el riesgo de un dilema: o reiteran en el poder la propuesta *Panopticon* o son generosamente inoperantes al darle solamente la espalda al Estado.

La otra gran cuestión (que no es la final) en la cual hay que pensar, y que queda para otro artículo, es la de la forma del partido y de su relación con los movimientos sociales y con el Estado que se requiere para contra atacar la propuesta del nuevo código hegemónico burgués que está a la vista. Quiero dejar claro en estas "conclusiones abiertas" (y expuestas a la crítica franca) que, como corolario de lo que escribí anteriormente, creo que las funciones de los partidos serán más modestas en la nueva política de lo que piensan los teóricos de los "partidos de vanguardia". Y también más difusas: tendrán que atacar *tous azimuths*, desde el plano económico al cultural. Sin embargo, todavía el recorte entre clase y partido no será de superposición coincidente: la heterogeneidad de la estructura social y la homogenización de la expropiación capitalista unen a los grupos sociales que son diferentes en cuanto a su inserción en la estructura de las relaciones de producción. Los "partidos de clase", en el sentido riguroso de la palabra, pertenecen a la historia de otras estructuras sociales. En un amplio sentido, tal vez (correspondan) a la "clase" de los asalariados y de los oprimidos, pero con la condición de que no pretendan ser la "única" forma verdadera de expresión de los intereses populares y de que sean capaces de prometer tanto el pan como el modo de vida y de libertad.

Por último, la respuesta al desafío de este tipo de hegemonía "burguesa-estatal" requiere una utopía socialista. Digo utopía porque el contraste con el socialismo "tal y como éste existe" tendrá que ser hecho para dar credibilidad a lo que se desea. Y digo utopía también porque es necesario imaginarse, además de lo que es evidente, una forma de control de la producción que, sin eximir al Estado, corte las garras del monstruo devorador de libertades. Desde este ángulo, no se trata de saber si el socialismo se ubica en el Brasil, como una cuestión política actual; no lo está. Sin embargo, está ubicado en el centro mismo del problema ideológico contemporáneo. Lo que el socialismo no ha resuelto es cómo domesticar la producción moderna, cómo volver transparente la información y cómo consolidar un control político que sea popular-

democrático no sólo porque el Estado, en teoría, se basaría en el proletariado y en el pueblo, sino porque los conocimientos y las prácticas de lo cotidiano y de la producción de la vida (de la economía, de la organización social y de la cultura), estarán, de hecho, "abiertas" a la participación y al control de todos.

NOTAS

- 1 Sobre este punto Cf. Macpherson, C. B., "Necessitamos uma Teoria do Estado?", en: *Revista de Cultura & Política*, Sao Paulo, CEDEC - Paz e Terra, agosto-octubre de 1980.
- 2 Véase al respecto Althusser, Louis, "Il Marxismo come Teoria 'Finita'", en: *Discutire lo Stato*, antología publicada por Donato Editore, Bari, 1978. Véase en la misma colección la crítica a Althusser de Giuseppe Vaca, "Forma-Statu e Forma Valore". Sobre Poulantzas, Nicos, véase especialmente su última entrevista en el diario *Le Monde Diplomatique*, setiembre de 1979.
- 3 Véase sobre este punto Aramberri Rodríguez, Julio, "Origen y Evolución del Sistema de Partidos en la España Democrática: Un Ensayo de Interpretación", en: Claudin, Fernando (organizador), *¿Crisis de los Partidos Políticos?*, Madrid, Dedalo Ediciones, 1980.
- 4 Hace ya tiempo que Habermas había criticado la capacidad legitimadora del Estado en los países de "capitalismo maduro". Véase en especial, Habermas, J., *Legitimation Crisis*, Cap. 6, Boston, Beacon Press, 1975.
- 5 Foucault, Michel, "Verité et Pouvoir", diálogo con M. Fontana en: *L'Arc, La Crise dans la Tête*, Fascículo 70.
- 6 Foucault, Michel, *Microfísica do Poder*, Río de Janeiro, Graal, 1979, p. 5.
- 7 "El poder es más complicado, mucho más denso y difuso que un conjunto de leyes o un aparato de Estado. No se puede entender el desarrollo de las fuerzas productivas propias del capitalismo, ni imaginar su desarrollo tecnológico sin la existencia, al mismo tiempo, de los aparatos de poder. En el caso, por ejemplo, de la división del trabajo en los grandes talleres del Siglo XVIII ¿cómo se habría llegado a esta repartición de tareas si no hubiese ocurrido una nueva distribución del poder en el propio nivel de la organización de las fuerzas productivas?", Foucault, M., *op. cit.*, p. 221.
- 8 Foucault, M., *op. cit.*, p. 226.
- 9 Publicada en: *Visión*, No. 267.
- 10 Al respecto véase Moises, José Alvaro, *Crisis Política e Democracia, a Transição o Difícil*, mimeo, noviembre de 1979; y Cardoso, F. H., "Os Impasses do Autoritarismo", en: *Estudos CEBRAP*, No. 26, Sao Paulo, 1980.
- 11 Para una crítica de esta perspectiva véase Lamounier, Bolivar, *O Discurso e o Processo*, mimeo, 1979.
- 12 Véase Hirschman, A., "Mudanças na Tolerância com a Desigualdade de Rendas no Curso do Desenvolvimento Econômico", en: *Estudos CEBRAP*, No. 13, Sao Paulo, 1975.
- 13 Para la sustentación de este argumento véase especialmente Lamounier, Bolivar, *op. cit.* Conviene indicar que, en medida variable —así como los análisis "crítico estructurales"— éste (argumento) fue usado por muchos autores y también por mí.
- 14 Sobre este último punto véase, "A Democracia è Possível?: Um Debate", en: *Revista de Cultura & Política*, No. 2, CEDEC - Paz e Terra, agosto-octubre de 1980.
- 15 Presento aquí una síntesis muy libre de los argumentos utilizados. Así como en los dos paradigmas anteriores, éste ha sido utilizado en forma variable por muchos autores. Como punto de referencia véase el artículo ya citado de José Alvaro Moises.
- 16 Quiero aclarar que no minimizo de ningún modo el peso del condicionante no sólo estructural sino también coyuntural de la economía. Principalmente en un país dependiente y cuando la deuda externa, la inflación y la carencia de energía tornan tan apretadas las sinuosidades por las cuales el proceso institucional puede pasar. Sólo para los fines del análisis de la política del cambio institucional la referencia a lo económico es obligatoria pero insuficiente. Por ejemplo, la crisis actual (como en 1929 en diferentes países) puede

minar al régimen tanto en el sentido de *volverlo aún más rígido*, como en el sentido de desarticularlo. La dirección que asumirá el proceso dependerá de la conducción propiamente política de la crisis, que es lo que ahora nos interesa.

- 17 Véase además de Habermas, ya citado, Offe, Claus, *Lo Stato nel Capitalismo Maturo*, Milao, Etas Libre, 1977.
- 18 Cardoso, F. H., "A Fronda Conservadora", *Folha de Sao Paulo*, 2.01., 1979.
- 19 Lo coloco entre comillas porque no se trata, obviamente, de la hegemonía gramsciana, la que poseyó un alto grado de sensibilidad con respecto a la cuestión del "convencimiento y dirección". Sin embargo, me pregunto: ¿puede sustituir la idea gramsciana de la hegemonía cuando en las propias sociedades avanzadas desaparece el parlamentarismo liberal-democrático como principio legitimador? ¿No estaría la noción de Gramsci contrapuesta sino ligada al horizonte del liberalismo? Este "código hegemónico" es manipulador y no liberador. Sin embargo la hegemonía burguesa clásica tampoco era liberadora. Existe ahí una vasta temática que no puede ser tratada ligeramente, como lo estoy haciendo y que requiere un análisis conjunto de la sociedad técnico-industrial y de los medios de comunicación de masas.
- 20 En este aspecto el artículo de Regis de Castro Andrade, "Política Social e Normalização Institucional no Brasil", que va a ser publicado en la *Revista de Cultura & Política*, del CEDEC - Paz e Terra, es extremadamente sugerente.